



DECIMA  
CARTA PASTORAL

QUE

EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

CARLOS M. DE LA TORRE

OBISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIÓCESANOS,

(Trata del "Dinero de San Pedro.")



Loja - 1918.

VEND. DEL CLERO.



Envío del Autor (Loja) = Alessia  
Lima, a 27 de Agosto de 1918

Nos, D. D. Carlos M. de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA S. S. APOSTOLICA,

OBISPO DE LOJA.

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO CATEDRAL,  
AL CLERO SECCULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS  
FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA, SALUD Y PAZ EN NUESTRO  
SEÑOR JESUCRISTO.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

El Exmo. Sr. Nuncio de Su Santidad,  
con fecha 20 del pasado junio me escribía desde  
Lima lo siguiente:

«Lima, junio 20 de 1918. = Ilmo. y Rmo.  
Monseñor: = Si es cierto que abrigo la seguridad  
de la grande y bien conocida devoción que  
US. profesa al Santo Padre, y está siempre ge-  
nerosamente dispuesto a proporcionarle cuanto  
alivio moral y material haya menester su Vene-  
rable Persona; yo faltaría a un sagrado deber,  
si no promoviese las obras de beneficencia y  
caridad en que El se encuentra empeñado en las  
angustiosas horas que atraviesa el mundo, entre  
las cuales es de apremiante necesidad la OBRA  
DEL DINERO DE SAN PEDRO que US. co-  
noce demasiado, y, no dudo, la tenga bien orga-  
nizada bajo las mejores condiciones de *ESTABILIDAD*  
y *EFICACIA*, en la importante Diócesis que  
la divina Providencia ha encomendado a su  
apostólico celo. = En efecto, si por toda  
suerte de personas deja sentir las desastrosas

consecuencias de la sangrienta lucha que está enrojeciendo los campos europeos; el Sumo Pontífice las siente en mayor magnitud, viéndose obligado, como Padre amoroso, a acudir en auxilio de los que sufren, no sólo en la considerable proporción como antes de la guerra, sino en forma imponderablemente superior; a una multitud innumerable de hijos suyos, que de todas las regiones levantan sus manos suplicantes al Padre común de los fieles, hasta muchos de aquellos que en mejores tiempos compartían con El el fruto de sus economías, y ahora, o confinados en playas extranjeras o gimiendo bajo el peso de la horfandad y de la miseria, tienden su mirada al gran Padre de la Cristiandad, quien a su vez exhausto de recursos y henchida su alma de caridad deja escapar de su pecho el gemido angustioso de socorro. = Y ese grito conmovedor, que arrancado del pecho más caritativo que hay en la tierra, llega hasta este lejano Continente, ¿no brinda acaso la más bella ocasión para estrechar los vínculos de confraternidad con los hermanos de todas las razas y condiciones, bajo la sombra benéfica de un mismo Padre que alarga una mano en demanda del óbolo filial y con la otra la deja caer en las del más menesteroso de sus hijos? = Los motivos ya bastante poderosos, que someramente acabo de anotar, y los que la ardorosa palabra de US. sabrá ponderarlos eficazmente, harán eco profundo en los cristianos setenimientos de esa Grey, que con justicia ama entrañablemente a su Pastor, en quien reconoce sobrados motivos de admiración y de gratitud por el espíritu de abnegación y sacrificio de que tantas y tan elocuentes pruebas ha recibido, todo lo que halaga la más firme esperanza de que su llamamiento en esta ocasión tendrá el éxito deseado. = Anticipando a US. mis más expresivos agradecimientos por el noble interés con que se ha de dignar acoger estas líneas, me es grato ofrecerle mis consideraciones de profunda veneración y particular deferencia. = (L. ✠ S.) = ✠ Lorenzo, = Arzob.

de Efeso, Nuncio Apostólico. »

Aunque en vista de las afflictivas y calamitosas condiciones de los tiempos habíamos resuelto no importunaros jamás solicitando vuestros auxilios pecuniarios (si bien nunca los hemos solicitado que no redundasen en provecho exclusivamente vuestro), con todo, no podemos permanecer sordos e insensibles ante las apremiantes palabras del augusto Representante del Romano Pontífice. Quebrantaremos, pues, en esta ocasión, nuestro propósito, desplegaremos nuestros labios, levantaremos nuestra voz, llamaremos una vez más a las puertas de vuestro cristiano corazón, y señalándoos al Papa os diremos: «Dadle una limosna; que necesidad tiene de ella.»

Alimentados desde la cuna a los amorosos pechos de la Santa Iglesia, en ellos habéis aprendido a amar entrañablemente al Papa. Y por esto, cuando alguna vez ha herido vuestro oído el blasfemo grito de que el Papa es un poder extraño, esforzando la voz habéis lanzado al rostro del blasfemo el airado grito de la protesta. Para vosotros el Papa es la cabeza visible de la Iglesia; el Papa es el Padre común de los fieles; el Papa es el Vicario y representante de Jesucristo en la tierra. ¿Qué cuerpo organizado ha mirado jamás como extraño al más noble y conspicuo de sus miembros, la cabeza? ¿Qué padre ha sido jamás extraño para sus hijos? ¿Qué cristiano ha juzgado jamás extraño a Nuestro Señor Jesucristo?

He aquí los poderosos títulos que os han de estimular a depositar, con pronta y magnánima generosidad, a los venerandos pies del Romano Pontífice el óbolo de vuestra pobreza: es el Representante de Jesucristo en la tierra; es el Padre común de todos los fieles.

¡Cuántas veces, al recorrer con ávida y respetuosa mirada las breves páginas del Evangelio, habéis sentido agolparse a vuestros ojos las lágrimas! ¿Porqué habéis llorado? Porque habéis

leído en ellas que el Señor de todo lo criado apareció en la tierra pobre y menesteroso, tan privado de todos los bienes de fortuna que no tenía un mendrugo de pan para satisfacer su hambre; ni un pobre andrajo para cubrir su desnudez, ni una dura piedra para reclinar su cabeza: todo lo recibía de limosna . . . : vuestro corazón henchido de ternura y gratitud expresaba con las lágrimas los sentimientos que le agitaban. Si, exclamabais sollozando con San Pablo: *PROPTER NOS EGENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES*: Por nosotros estáis, oh Verbo Divino, en tanta miseria; por nuestro amor os habéis echado en brazos de la indigencia, porque nos amáis y queréis hacernos ricos os mostráis un pordiosero!: *PROPTER NOS EGENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES, UT EUS INOPIA DIVITES ESSEMUS!*

Y prosiguiendo en vuestra lectura, cuando habéis tropezado en aquel tan corto cuanto expresivo pasaje de San Lucas en que se refiere que un grupo de piadosas mujeres seguía al Salvador en sus excursiones apostólicas y proveía a sus necesidades con sus generosas limosnas, *ET MINISTERABANT EI DE FACULTATIBUS SUIS*, en un arranque de fe entusiasta y de amor entrañable a Jesucristo nuestro amorcísimo Dios. ¡Felices mujeres, habéis exclamado, que tuvisteis la dicha incomparable de sostener al Redentor de los hombres! ¡Felices criaturas que ofrecísteis al Criador el pan que debía sostener su temporal existencia, el traje que debía cubrir su desnudez, la fresca y cristalina agua que tantas veces apagó en sus entrañas los ardores de una sed prendida por largo y penoso camino o prolija y fervorosa predicación! . . . Sí, en el largo discurso de diecinueve siglos no ha habido alma piadosa que no haya lanzado este grito que entraña un tierno amor a Jesucristo y una santa envidia a las dichosas mujeres del Evangelio! Porque sí, como enseña San Pablo, de los infalibles labios de Jesucristo brotó la sentencia: *BEATIUS EST MAGIS DARE QUAM ACCI-*

**PAPA:** Más dichoso es el que da que quien recibe, ¿qué dicha podrá compararse con aquella ou que el hombre da y Dios recibe? . . . el hombre que nada tiene de sí y todo recibe de Dios . . . ; Dios que todo atosora en Sí y nada puede recibir jamás de nadie! **PROPTER NOS EGENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES!**

Pues bien, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, maravillaos de la inexhausta Bondad del Salvador, admiraros de las incomprensibles prerrogativas de la caridad! No ha querido Jesucristo privar a los fieles que en el discurso de los tiempos habían de poblar la tierra, del inefable contento de atenderle en sus necesidades. No importa que glorioso triunfador del infierno y de la muerte se asiente a la distra del Padre: la caridad transformará al hambriento, al que padece las torturas de la sed y las inclemencias del tiempo, en el mismo Jesús. No os resistáis, exclama el Divino Redentor en su Evangelio, no os resistáis a tender la compasiva mano al desgraciado: alimentadle si está hambriento, ofrecedle agua fresca y cristalina si tiene sed, vestidle si está desnudo: porque todo lo que hiciereis en su favor a mí me haréis: **QUANDIU FECISTIS UNI EX HIS FRATRIBUS MEIS MINIMIS, MIHI FECISTIS** (Mth. 25, 40)

Si, pues, en la inefable palabra de Cristo, los pobres, cualesquiera que sean, representan al Redentor ¿qué diremos del Papa, su Vicario en la tierra? ¿No será dicha envidiable merecer que se digne recibir nuestra pobre ofrenda?

Y el Papa, este Representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, necesidad tiene de nuestros socorros y limosnas. Sacrilegamente despojado de aquellos Estados que, según los planes de la Divina Providencia debían asegurar su libertad e independencía en el gobierno del universo católico, recluso en su palacio en el largo espacio de más de nueve lustros, necesita que el amor y generosidad de sus hijos lo provea de lo que ha menester no ya para satisfacer sus necesidades personales — que prac-



ticando la máxima de San Pablo con muy poco se contenta - sino a los enormes gastos que le impone el gobierno del mundo. ¿Qué creyente no se juzgará dichoso al saber que el diminuto óbolo de su indigencia puede llegar hasta los pies del Representante de Cristo?

No sólo en los albores del cristianismo, en aquella edad heroica de piedad y de fe, cuando los primitivos fieles rebosando de la vida de la gracia, despreciaban los mezquinos y caducos bienes de la tierra, aspiraban tan sólo a los divinos y celestiales, y libre y espontáneamente despojándose de sus riquezas vendían sus posesiones y heredades y todo ofrecían a los apóstoles para sostenimiento de la Iglesia y amparo de los indigentes; mas también en el decurso de los siglos siempre han juzgado los cristianos honra altísima, en cambio de los preciosísimos e innumerables beneficios que como de fuente inexhausta brotan de la Cátedra pontificia, contribuir con sus limosnas y donativos a la gloria, esplendor y magnificencia de esa misma Silla.

Los Papas, por su parte, no han abusado jamás de la piedad de los fieles: que nunca se distribuyeron mejor los bienes de fortuna: después de atender a las ingentes necesidades de su gobierno, y de emplear gran parte de las limosnas en hospitales de caridad, asilos de niños y ancianos, escuelas, universidades y colegios, emplearon lo restante en la erección de grandiosos monumentos que patentizasen a las generaciones todas que no está reñida la Religión con el arte, antes bien que éste ha de contribuir al esplendor y gloria de aquella; y en los suntuosos y magníficos monumentos levantados en la capital del orbe cristiano con los donativos de todos los fieles, immortalizaron su nombre tan grandes y portentosos ingenios como, para no citar sino uno de ellos, la basilica de San Pedro, Rafael, Miguel Angel, el Giotto y Dominiquino.

Empero hay un motivo más poderoso y urgente todavía para que, a costa de cualquier

sacrificio, deposite nuestra pobreza un óbolo, aunque insignificante, en las venerandas manos del Pontífice: es el tocado por el Exmo. Sr. Nuncio en el oficio transcrito.

La guerra ha clavado su cruel y férrea garras en el pecho de la humanidad, y anegando en sangre el mundo cébase en los estertores de su prolongada agoría; la guerra, llevando por doquiera su encendida tea, ha sembrado el espanto, la desolación, la ruina en poblaciones hasta hece poco florecientes; la guerra, insaciable harpia, después de alimentarse con la sangre de millones de combatientes, ha dejado un sinnúmero de huérfanos desvalidos, de viudas desoladas, de familias indigentes.

En vano el Papa, desgarrado el corazón ante la espantosa carnicería, dominando con soberana voz el fragor de las batallas, el trueno de los cañones, los iracundos gritos de los combatientes, los desgarradores ayes de los heridos, más de una vez ha pretendido arrancar de las manos crispadas por la cólera el hierro homicida y derramar en el emponzoñado corazón el dulce bálsamo de la paz. Sus augustas palabras impregnadas de caridad y de amor, no han sido escuchadas ay! con el religioso respeto que se merecían, por todos los combatientes. Algunos, cumpliendo la tenebrosa consigna de inicuos pactos, han hecho gala de ni siquiera contestar a estos mensajes de paz, centuplicando con tan sacrilego atentado los encendidos rayos que vibran en la diestra omnipotente de la Justicia vengadora.

Y ya que se nos brinda la ocasión, ¿cómo en presencia de tan injusto e irritante proceder, no levantar nuestra airada voz y dejar escuchar el grito de protesta? . . . ¿Qué importa que seamos débiles, inermes, de ninguna significación si nos comparamos con las grandes y poderosas naciones? El hijo bien nacido, no por hallarse cubierto de los harapos del pordiosero, ha perdido el inviolable derecho ni está exento del sagrado deber de protestar contra quien villa-

namente ha insultado a su padre . . . Y el Papa es el padre de todos los fieles; el Papa es el augusto Representante de Jesucristo en la tierra . . . El Papa al presentar a los beligerantes sus propuestas de paz no ha hablado únicamente como el Supremo Jerarca de la Iglesia católica, ha levantado su voz como el último refugio y la encarnación viviente de aquellos sentimientos humanitarios que parece han sido destruidos para siempre del pecho de los mortales . . . Por tanto, quienes han cerrado los oídos para no escuchar su voz, quienes han recibido sus venerandas palabras con la mueca del desdén, quienes, hollando los rudimentarios preceptos de cortesía y urbanidad, no se han tomado siquiera el trabajo de acusarle recibo de sus humanitarias y caritativas propuestas, ante Dios y los hombres se han hecho reos de execrable crimen: del crimen de lesa Religión y lesa Humanidad.

Pero volviendo a nuestro asunto, este bondadoso y affigidísimo Padre, desgarrada tiene el alma con las congojas, martirios, agonias de sus hijos; y si no le ha sido dado alejar del mundo al airado ángel de la muerte que, bladiendo sin piedad su certera guadaña, siega a gavillas las vidas de los mortales, ansia, por lo menos, enjugar en muchos semblantes las lágrimas, resañar en muchos corazones las heridas, hacer brillar en la tenebrosa noche que cobija a tantos infelices y desgraciados el dulce y apacible rayo de la esperanza. Con paternal cariño y real munificencia no cesa de enviar cuantiosos recursos a donde el flagelo de la guerra abre más hondos y ensangrentados surcos. Pero ay! su ternura paternal viéndose imposibilitada para acudir al socorro de tantas víctimas pronto se verá condenada al desesperante suplicio de no poder ofrecerlas otro consuelo que el de sus amargas lágrimas . . . Consolemos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, consolemos a nuestro Padre; proporcionémosle los medios con que pueda, en mayor escala, socorrer a los desgraciados;

hagamos caer en sus venerandas manos el óbolo de nuestra indigencia para que, por medio del Augusto Pontífice, vaya a enjugar una lágrima en alguna de las víctimas de la espantosa guerra.

No nos amedrente la pequeñez de la oferta: que, ante Dios, más, mucho más pesó la diminuta moneda que con mano temblorosa pero corazón amante depositó la evangélica viuda que los grandes y opulentos presentes de los vanidosos fariseos.

Léase esta Carta Pastoral con el adjunto Decreto en la forma acostumbrada.

Dada en Loja, a 24 de julio de 1918.

✠ *Carlos María,*  
OBISPO DE LOJA.

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma  
FERNANDO LEQUERIGA,  
**Secretario.**

**Nos, D. D. Carlos M. de la Torre,**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA S. S. APOSTOLICA,

**OBISPO DE LOJA.**

---

Por cuanto es de imperiosa necesidad que todos los fieles hagan pública ostentación de su fe e inquebrantable adhesión al Papa como al Vicario y Representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra; que le provean de los fondos necesarios para el gobierno de la Iglesia, y que especialmente en las afflictivas condiciones de la hora presente le suministren los medios con los cuales pueda socorrer a tantas y tan espantosas desgracias como causa en el mundo el flagelo de la guerra, tenemos por bien decretar lo que sigue:

1.<sup>o</sup>.— Erigese en nuestra Diócesis la obra intitulada "Dinero de San Pedro" que existe próspera y floreciente, durante largos siglos, en casi todo el orbe católico;

2.<sup>o</sup>.— Señálanse dos festividades en el año, es a saber: el día de la Circuncisión del Señor, 1.<sup>o</sup> de enero, y el de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, 29 de junio, para que en todas las iglesias y capillas públicas se haga cada año una colecta general de limosnas destinadas al expresado objeto;

3.<sup>o</sup>.— Como ha pasado ya en el presente la fiesta de los Santos Apóstoles y sea urgente la necesidad de enviar al Padre común de los fieles algunos subsidios pecuniarios, para que pueda repartirlos entre sus desgraciados hijos de los pueblos beligerantes; ordenamos que el domingo siguiente a aquel en que se diere lectura a nuestra Carta Pastoral se haga la expresada colecta en todas las iglesias y capillas públicas.

4.<sup>o</sup>.— En todos los antedichos sagrados lu-

gares se colocará un cepillo, cerrado con llave — la que guardará el Rector de la iglesia o capilla — con una apertura en su parte superior, para que por ella puedan depositar los fieles su limosna en el decurso del año;

5°.— El siguiente día a aquel en que se hicieran las colectas, los Rectores de iglesias y capillas remitirán el producto de las mismas, juntamente con las limosnas encerradas en los cepillos, a la Secretaría de Temporalidades, para que se envíen las cantidades recogidas al Soberano Pontífice.

Dado en Loja, a 24 de julio de 1918.

✠ *Carlos María,*  
OBISPO DE LOJA.

Por mandato de S. S. Ilm. y Rma  
FERNANDO LEQUERIGA,  
**Secretario.**